

como soporte y cómplice del poder. Es quizá la prueba más palpable de que la obra, por mucho que se sitúe en un imaginario país sudamericano, está inspirada en una experiencia directa del autor (que nunca vivió, por cierto, en Latinoamérica). Monseñores que abren camino a su obra, embajadores que negocian con la mismísima curia vaticana el apoyo al tirano que se ha levantado

en armas por inspiración divina, curas rebotados que terminan en ministro del Interior, después de una concienzuda carrera de torturadores...

Se trata de una novela sin piedad, no apta para estómagos delicados ni para quienes no estén convencidos de que, normalmente, la realidad supera a la imaginación más retorcida. ■ JOSE A. GACIÑO.

El silencio como grito

Pocas son las obras que sobreviven a la circunstancia en que fueron escritas, motivadas por éstas; pueden recordarse los relatos de Maupassant, por ejemplo, en situación similar a la del libro *El silencio del mar*, de Vercors (1), con un ejército de ocu-

pación por medio y una resistencia si no semejante en los términos igual en el fondo. El patético relato *Le lit 28*, del libro *Boule de suif* del primero, tiene poco que ver quizá con el silencio trágico con que luchan los "resistentes" de Vercors frente al oficial alemán, pero en última instancia tanto uno como otro son profundas expresiones de rechazo, de lucha, de combate; no se sabe muy bien por qué, en este último, no juega Vercors a pronunciar un panfleto sobre la patria, la ocupación etc.: todo yace soterrado; se atreve a jugar incluso con un personaje "simpático", que atrae tanto al lector como a los huéspedes que lo alojan por obligación. Es una situación cerrada, sencilla, pero de una delicadeza patética semejante a la brutalidad de Irma, la prostituta que no quiso curarse de su enfermedad para vengarse de su violación por los prusianos: "Y me vengué, pudriendo la sangre de muchos, de los más que pude", en un acto que es a la vez venganza personal y lucha contra el invasor; por eso, la que llaman "la mujer de los prusianos" se siente merecedora de una condecoración: "Yo la gané más que tú; hice más víctimas que tú; he matado más prusianos que tú".

Pero por encima de la superficial política y "resistente", en el libro de Vercors hay un análisis psicológico de los tres personajes del relato que convierten *El silencio del mar* en un texto importante a la larga; no es sólo, como dijo Jean Paul Sartre, un libro de una eficacia mayor que muchas proclamas. Porque Vercors ha huido del panfleto fácil de escritor clandestino durante la ocupación, ideando un alemán amante de Francia, de su cultura, de sus tradiciones y de sus paisajes como enemigo, en vez de la férrea hota nazi en la que fácilmente se podría haber castigado al silencio; y no convierte a sus dos franceses en "partisanos" cerrados y hoscos, sino en personajes complejos que perciben y analizan al alemán desde una postura que es el mundo de la

(1) Vercors: *El silencio del mar*, Editorial Laia, Barcelona, 1978. Traducción de Cristina Peri Rossi, con algunas deficiencias: traslación directa de términos franceses, errónea, y sintaxis galicista en expresiones que terminarán por imponerse en el castellano usual debido a traducciones semejantes. El libro recoge varios relatos más de Vercors.

ADIÓS A LAS LETRAS

El probable ministro de Cultura

El ministro de Cultura del nuevo Gobierno -constitucional llaman los cronistas a ese agrupamiento improbable de personas- tendrá que ser otro que Manuel Clavero Arévalo, voz apagada y tímida que surge desde debajo de la alfombra de su labio superior, que acaba drásticamente con su fila de anónimos dientes.

Será otro que Clavero Arévalo el ministro de Cultura porque con esa cara que él tiene habrá de dedicarse a otra cosa en la poltrona que Adolfo Suárez le puso para pagarle su favor andaluz. Ya fue ministro de las Regiones, y fue tan hábil que dedicó su esfuerzo a la nada más misteriosa, otorgando los asuntos de su departamento -los cronistas son muy eficaces; a la nada le llaman "asuntos de su departamento"- a otros compañeros de Gabinete. Se le vela silencioso y sentido. Cuando estaba de pie se miraba a la punta de uno de sus zapatos negros, de charol, y sonreía para sí mismo: "Yo diría...". Hablaba como Abril Martorell, pero sin poder.

Ahora supongo que hablará como Jesús Aguirre, que es más filosófico y más actual, porque si se pone a hablar como Ricardo de la Cierva terminará no siendo entendido por nadie. La mezcla de los acentos andaluz y montañés pega bien en la gastronomía oral española. Sin embargo, la mezcla entre murciano y andaluz haría chirriar los dientes de los estómagos más avezados. Pero cualquier cosa puede esperarse de Clavero Arévalo. Puede esperarse, incluso, que se ocupe de la cultura de este país.

Para resolver los problemas culturales de España, Adolfo Suárez tiene un buen ojo clínico. Primero sitúa ahí a Pío Cabanillas, conocido por su desmedida afición a la lectura de los poemas de Castelar, vibrante admirador de Joan Miró a inculto amigo de la publicación erótica. Ahora pone ahí al Gustavo Adolfo Bécquer del anterior Gabinete. Un sevillano audaz, al que supongo que Vaz de Soto le tendrá echado el ojo para situarlo frente a Fabio y mostrarle la ruina en que el presente Gobierno de UCD situará a la cultura común de los españoles.

Estoy desolado. Yo me esperaba situado en ese puesto a Francisco Fernández Ordóñez, que es al fin y al cabo el narrador más preciso de este país: autor del único "best-seller" de este siglo, las listas de Hacienda. Belchite cayó en un día. Francisco Fernández Ordóñez cayó también el día que dio a la im-



Manuel Clavero Arévalo.

prenta las malditas listas. El premio que Clavero Arévalo ha recibido ha sido el Planeta de la política, que se da no por lo que se ha hecho, sino por lo que se supone que hará el autor. Jamás hizo nada nuestro actual camarada de Cultura. Valor: se le supone. Adolfo Suárez es el Diego Valor para todo menos para ese departamento, situado ahora al nivel de los despotenciados. Supongo que Suárez leería antes lo que le recomendaba Pío Cabanillas, quien a su vez recibía la documentación de Jaime de Urzúiz. ¿Qué libros le pasará el ministro sevillano?

Otro ministro que sonaba como probable era Antonio Fontán. La opción cultural seguía siendo andaluza. Pero Diego Valor prefirió la carambola: el más culto de los ministros, a las Regiones. El más silencioso y oscuro, el arpa polvoriento de los Consejos de Ministros, tocará la gaita abandonada por don Pío.

Así ha conseguido Adolfo Suárez que la cultura española no tenga ministro. A lo mejor es la solución adecuada. El mismo despiste que Clavero Arévalo mostró para analizar el hecho regional ("las siete u ocho islas del archipiélago canario", dijo un día, para precisar) podría mostrarlo ahora para ocuparse de las cosas de la cultura. No tendríamos en ese campo tantos conflictos como en el País Vasco, tanto vacío como en Canarias o en Andalucía, pero a lo mejor a fuerza de desocuparse consigue que el Estado deje de una vez, autónomas, las diferentes iniciativas culturales. Yo me froto las manos imaginándome a Clavero Arévalo sentado en ese sillón, viendo cómo esto se liberaliza de verdad. ■ SILVESTRE CODAC.